

6 cuentos del Istmo

El Tamagás

EL CUENTO GUATEMALTECO

ALFREDO BALSELLS RIVERA

Era domingo y no había trabajado en la finca.

Por eso salieron del rancho cuando el sol ya estaba un poco alto y empezaban a palidecer las zacateras.

Adelante iba el viejo, con el machete bajo el brazo. Atrás, dando saltos sobre los montones de tierra negra recién movida, el patojo trataba de poner sus pies descalzos entre las huellas dejadas por el viejo.

—¿Vamos al barranco, tafa?

—Sí, pero apurate, porque nos va a agarrar el mero sol en el camino.

Redoblaron su paso, el uno a vigorosas zancadas, el otro corriendo a pequeños brincos, como conejo en dos patas.

Los cafetales se hundían en la ancha sombra de los cushines y aparecía la montaña fresca, empapada de humedad y de silencio.

Bejucos enormes se trenzaban en las ramas de los arbolones. Del pulpo vegetal iban surgiendo las grandes hojas de celuloide y las palmas de verde tierno, recortadas como con tijeras.

Era ya una suave pendiente hacia el barranco.

Arriba quedaba el sol duro y el viento tibio de la mañana costeña y abajo se presentía una bóveda llena de sombras.

Oía a todo: a tierra fresca, a frutos maduros, a savias desparramadas en los troncos negros de la montaña. Algo como si a las narices llegara ese olor penetrante de las tinajas nuevas al ser sumergidas por primera vez en el agua.

El viejo conocía palmo a palmo los barrancos, pero desde hacía algún tiempo sólo bajaba a ellos cuando el patojo empezaba a necearle para que lo llevara.

No iban a hacer nada a punto fijo.

De vez en cuando el viejo se detenía un poco y alzaba hacia los árboles su cara de bronce antiguo, para limpiarse con el dorso de la mano las gotas de sudor que le caían entre los pelos del bigote. Entonces el patojo se agachaba a recoger piedras o daba varejonazos sobre los tallos frescos de las palmas lanzando gritos de júbilo cada vez que lograba guillotinar alguna.

Así largo rato, en el suave descenso, para salir por el otro lado hasta la línea del ferrocarril, que les abreviaba el regreso al rancho.

Y el viejo hacía así un dulce juego de sus domingos.

Porque ya no le quedaba más que el patojo.

Muerta su mujer y casados sus hijos grandes, unos en la misma finca, otros en los Altos o en la Capital lejana, el viejo refundía su amor brusco y maduro en aquel patojo, venido al mundo cuando él ya no esperaba nada de su antigua virilidad de garañón campesino.

Su piel estaba reseca por el sol y por el viento. Sus piernas no apretaban como antes los ijares de los caballos, para correrlos en pelo y meterse con ellos entre los guatales. Todo él se ennegrecía. Se abodocaba. Se torcía hacia la tierra floja de los surcos, sintiendo que en los hombros le pesaba un cacaxte lleno de piedras grandes.

Había vendido su escopeta de tubo y su albarda, para comprarle calzones al patojo, y olvidaba las fondas del pueblo por el rancho viejo, ahumado de recuerdos.

La montaña seguía abriéndose.

Verde. En todos los tonos. En todos los matices. Una fiesta de verde en la gran paleta húmeda del barranco.

Aa veces la pesada cortina de esos verdes intensos se rompía con el fogonazo de una flor de Candelaria, pero era sólo un segundo. Luego volvía la prolongación de los bejucos y de las palmas colgantes. Seguía alargándose la costa plana en el resumidero y ya no sabía en que momento iba a descomponerse por completo la noción de los cuatro puntos cardinales.

Pero el viejo se orientaba bien.

Siguiendo veredas que para otro hubiesen sido impracticables, ambos marchaban seguros de sí mismos como si lo hicieran por el camino real.

Habíanse arremangado los pantalones hasta cerca de las corvas, para no empaparlos entre el zacate, y alguna vez el viejo hacía uso de su machete filudo, apartando bejucos y zarzales que podían rasgarles fácilmente la piel de las canillas.

El descenso se hizo más brusco y empezó a oírse a lo lejos el ruido sordo del río que se precipitaba, violento y sucio entre los peñones del fondo del barranco.

Aunque no era un río grande, en invierno solía crecerse, arrasaba todo lo que encontraba a su paso, puentes, siembras y ran-

chos enteros, yendo como un borracho, a vomitarlos en las aguas del Nahualate, que a su vez los arrojaba hasta las playas doradas del Pacífico.

No había ríos caudalosos en la finca, pero sí arroyos traicioneros que tan luego caían rugiendo y ladrando entre las peñas, como se remansaban en las vegas y en los barrancos, iguales a bestias cansadas después de la carrera.

Cada vez se oía el rumor más cercano, y al fin, después de rodear una peña desnuda, que en medio de la espesa vegetación era como el inmenso huevo de algún pájaro del popol Vuh, el viejo y el patojo se encontraron con la lista de espumeante del río.

Acá y allá había troncos derribados, piedras lustrosas por el azote de las ramas y la caricia un poco violenta de las aguas, restos de puente traídos de quién sabía de dónde, hojas podridas, lianas, musgo, arena hecha fino polvo luminoso.

El viejo fue a sentarse en una de las peñas y encendió un cigarro de tusa, después de raspar varias veces en su eslabón de piedra de fuego.

El patojo corrió a la orilla del río, para meter los pies en el agua casi pantanosa que se demoraba en la sombra.

—¿No hay pescados, tata?

—Hasta más abajo. Un día vamos a ir a la poza y nos llevamos el anzuelo.

—¿Cuándo?

—El otro domingo.

—¿Y hay grandotes?

—Adiós, pues. ¿Y no los viaté aquel día?

—Yo no, tata, me contaron que estaban entre la poza, pero yo no los vide.

—Pues ya vas a verlos. Son juilines.

El sol bajaba en la montaña y empezaba a tostar algunas piedras del barranco pero el calor no se sentía allí como en la planicie donde amagaban los amarillos duendes del paludismo y la uncinariasis.

Era una atmósfera grata, solapada, humedecida por extraños vahhos que salían de la tierra y del río.

Un grito agudo, como jamás lo había oído de la garganta de su hijo, obligó al viejo a volver repentinamente la cabeza.

Pero ya vio poco. Casi nada...

Vio al patojo alzarse a toda prisa, con la mano derecha encogida bajo el sobaco izquierdo, y advinó, más que vio, entre los bejucos y matas verdes claro el largo trallazo de una culebra amarilla con manchas negras que huía rápidamente hacia el nudo oscuro de la montaña.

El viejo se quedó inmóvil como si le hubiese caído un rayo.

—¡El tamagás!

Pero, ¿en qué diablos estaba él pensando que no había advertido el peligro? ¿De qué demonios le servían esas canas y esas arrugas si no había podido suponer lo que

acechaba en la sombra traicionera del barranco?

De un salto cayó al lado del patojo, y sin reparar en sus lágrimas, le agarró brutalmente la mano y contempló en el dorso muy cerca del índice y del pulgar, las pequeñas huellas de los colmillos, coronados por dos gotas de sangre.

—¡El tamagás! ¡El tamagás! ¡El tamagás!

Bien sabía el viejo lo que eso significaba. La palabra tremenda le repercutía en la caja vacía del cráneo, yendo después a romperse contra las rocas y los troncos de los árboles.

Bien sabía que de aquella mordedura no se sanaba nunca, y a su mente acudían en tropel mil recuerdos de indios amoratados y sanguinolentos, reforciéndose entre el polvo después de haber sido víctimas del tamagás. Recordaba botiquines de emergencia vacíos sin resultado alguno. Veía los cadáveres tendidos después de una cruel agonía mostrando en un brazo o en un pie los dos o cuatro agujeros por donde había penetrado el veneno.

—¡Y al patojo le había mordido la culebra! ¡Y su patojo iba a morir allí mismo, sin que él pudiera hacer nada para salvarlo ni para atenuar su agonía!

—¡Tata! ¡Tata! ¡Me duele mucho, tata!

El viejo sudaba a chorros y tenía los ojos casi fuera de las órbitas, sin poder pronunciar una palabra. Estaba idiota, loco, desesperado.

Pero fue sólo un momento, aunque a él le pareciera siglos. Aquellos sus ojos sin control nervioso advirtieron la hoja filuda del machete, tirado sobre la arena, y agachándose a recogerlo lo empuñó con mano firme.

—¡Ven!

Tirando del patojo, le cogió la mano mordida y la puso extendida sobre una piedra. Casi se le figuró que estaba en el matadero o que iba a cometer un crimen. Casi se le figuró entonces que de veras estaba loco... Pero era lo único. ¡Lo único!, y entrecerrando los ojos mientras se mordía los labios hasta hacerse sangre, alzó el machete y descargó el tajo brutal sobre la muñeca del patojo.

Se oyó un grito que se elevó verticalmente hasta más allá de la montaña, y un chorro de sangre caliente salpicó el brazo y la cara del viejo.

El patojo había caído, ya sin hablar, pálido como las piedras, con los párpados caídos como párpados de paloma, y allí en el suelo, entre la arena donde brillaban los guijarros de colores, la mano se desangraba lo mismo que un cangrejo partido en dos.

Se quitó la chaqueta el viejo, envolvió con ella el muñón dehecho de su hijo, lo apretó hasta donde pudo para contener la hemorragia, y luego se puso sobre los hombros al patojo desmayado, echando a correr por las veredas ascendentes.

Trepaba. Trepaba en silencio, a gran-

des zancadas, como si no llevara carga alguna y con la sangre del muchacho empapándole la camisa, sus lágrimas caían y salpicaban la montaña.

Una mano zonta le decía adiós desde el fondo del barranco.

Bajo la Luna

EL CUENTO SALVADOREÑO

SALARRUE

La laguneta se iba durmiendo en la anochecida caliente. Rodeada de bosques negros iba perdiendo sus sonrojos de mango sazón y se ponía color de campanilla, color de ojo de ciego. El camalote anegado en los aguazales le hacía pestaña. El cielo brumaba como quemazón de potrero, donde eran brasas los últimos apagos del poniente. Abajo había, en balsa de ramalada, dos garzas blancas, la una, mirando atenta la gusana del viento en el vidrio verde de las ondas, la otra, mirando como asustada el cielo en donde apuntaba una estrella con inquietudes de escama cobarde.

Güelia a mumuja de palo podrido, a zompopera, a chira de mateplátano, a talepate y a julunera triste. Había ahogados en todas las oriyas, ahogados hamaqueantes, sobreagüeros, de troncón y de basura. En las pescaderas, las varas ensambladas estaban prietas sobre el claror, y se reflejaban culebriando guindoabajo. Pringaba jenjén y zancudo. A lotra oriya se oía patente el bufido del guauce, llamando a la pareja para beber sombra. En el escobillal oscuro de la noche, el cielo y el agua quedaban trabados, como guindajos arrancados a una sombrilla de seda desteñida. El día se alejaba, lento y cabecero, echando polvo con las patas como los toros cimarrones.

Llegada la noche, un tufo a tigre sopló los matorrales, la laguneta sonaba como una cuerda diagua a cada respiro, y de cuando en cuando se oían los chukuces de las mollaras asustadas.

La rancharía del vallecito estaba en una ensenada oscurecida de tamarindos y voladores. Había ranchos hoprasquines, ranchos palma barrendera, coludos como pajuiles, y ranchos empalizados a través de cuyas paredes de esqueleto, la luz candilera —esa tristura de querencia nocturna— se filtraba a los patios de barro desnudo, alargándose en caprichosas luminarias.

Los chuchos empezaban a ladrar con persistencia, con su quejumbre peculiar, los funcon revolvían las sobras de huarte que bueyes forasteros habían dejado al pie de los morros, de troncos limados por las cornamentas. Una guitarra escondida roía el sueño de la noche. Venía saliendo la luna con una fogarada platera que daba gusto. La luz chele y tristona se tendía en los playones bocabajo, alagartada entre los troncos torcidos, chafando las trompas de los cayucos varados en seco. Los jocotes botaban sus frutas de rato en rato, en el blando estiércol espolve-

reado. Iban los primeros temblores de luz, estremeciendo a lo ancho el agua friolenta.

* * *

Con un trágico sonar de cartucheras y cañazos, el rancho de Miguel se vió rodiado por la escolta guarera. Sobre la puerta, de cuyas rendijas manaba resplandor de alma, el cabo Remigio López dio tres fierrazos con la cruz de su daga. De dentro naide respondió y la luz se apagó, dejando más en luna la entrada.

A una seña del cabo, los chicheros empezaron a culatíar la puerta, hasta que de golpe se jué en blanco. La ventana trasera cuidada por tres hombres y cuando se abrió fue como la boca de una trampa. Hubo una refriega que atrajo algunos curiosos, y pronto los cuatro sacadores cogidos, salían del case-rio con las ollas y los telengues al hombro.

El camino estaba como el día, y la arena fresca acariciaba los pies. Iban los ocho de la escolta distrayéndose con los luceros, y el cabo, montado, jumando su puro, se agachaba dormilón. Sólo los presos conversaban. El cabo les oía, perdonero.

Llegado que hubieron a las ruinas del obraje, hubo un descanso. El cabo López se acercó amigable a Miguel y le dijo:

—Esa ña Pabla Portillo de que hablaba usted, joven, ¿onde vive?

—En Las Isletas. Es mi mama...

—¿Tiene hermanas su mama?

—La ña Dolores Portillo, de San Juan.

—Es la mía...

—Entonces, usted es Remigio López, el marido de la Felicia.

—El mismo.

—¡Ah, ya jodimos!

—Me vuá quedar con vos atrás, y te golvés.

Miguel sonrió apenado y se miró las manos.

—Veya, primo, si me va a soltar sólo a yo, mejor alléverme.

El cabo vaciló, honorífico.

—Es que el deber, hermano... la vaina.

Como Miguel le miraba fijo y callando, el cabo López se alejó lento a la sombra oscura de una fila de isotes y llamó a los soldados, que le fueron rodeando curiosos. Al mismo tiempo Miguel se unió a los presos y les arrimó al puro de la resignación la brasa de la esperanza.

Después de un buen rato de espera, los sacadores vieron llegar al cabo que se arri-

maba caviloso. Se paró enfrente, con los brazos cruzados encima de la daga. Los miró uno a uno como juido. Naide habló palabra. Lejano se oía el río, siempre despierto. Como en trance sin remedio, el cabo dijo por fin:

—¡Desgránense, desgraciados; no seya que me arripienta!...

Semejando cercenadas cabezas de gigantes, las ollas se quedaron solitas junto al cerco de púas, como diciendo: "¡Achís, ¿qué pasaría?...".

La Culebra

EL CUENTO HONDUREÑO

ARTURO MEJIA NIETO

Vivían los dos en un rancho de paja. Las vigas y el techo estaban ennegrecidos por el humo y el hollín del fogón en que se calentaban la olla y la cafetera. Adentro del cuarto quedaba todavía prendido de raíz el tronco de un árbol; lo usaban para colocar allí objetos de cocina. Durante el día, ella iba a traer agua, y él, con aburrimiento, pasaba bostezando en la puerta mirando hacia el llano...

Ella reunió seis huevos de gallina y le propuso que, como el siguiente día era domingo, él fuera a venderlos a Santa Clara. El aceptó.

Los huevos se están dando a tres... Si no los pagan mejor los "treas"... Tres huevos por medio, en seis huevos un real. Cuidado, nada menos... Cuidado con malvender los huevos.

La india fuese al cerro, trajo bastante paste, los colocó todos en la tombilla, la cerró, la amarró con un bejuco que trajo, también del cerro y se la entregó al hombre, que la observaba, como siempre sin prestarle la menor ayuda, lleno de indolencia y pereza.

Cuidado con malvender los huevos, los huevos están a tres por medio... ¡Cuidado!

El hombre agarró los huevos y echóse a caminar.

La mujer, como si una idea se le viniese súbitamente, salió corriendo a la puerta del rancho y le gritó:

¡Cuidado con beberle el real...! ¡Cuidado! ¡Ese real lo queremos para comprar café onde ñor Isidro...! ¡Cuidado con beberle el real!

El hombre siguió el camino sin contestarle.

Al rato, después que el otro se había ido, se oyó el trote de un caballo que se acercaba. Ella supuso inmediatamente que aquel era el caballo del mayordomo, que acertaba a llegar siempre que el hombre se iba al pueblo. Sacó la cabeza por uno de los agujeros de la pared del rancho y vio que Remigio llegaba.

La india se quedó como paralizada sin saber que hacer; luego metió la cabeza en una olla de agua y empezó a restregarse la cara, como para limpiarse la costra y el tizne del humo. Se limpió bien la cara y salió a recibir al visitante.

Desde lejos el hombre le gritó:

¡Polaaaa! ¡Está allí tu maridooooo!

Remigio le gritaba a Apolinaria desde la

puerta del cerco sin atreverse a llegar cerca del rancho. Era costumbre de Remigio preguntarle por "su marido" a sabiendas de que no eran casados. Además, Remigio sabía que el hombre no estaba, pues nunca acertó a llegar estando él allí. Apolinaria sabía esto y por eso corría a lavarse la cara cuando oía el trote del caballo, tan pronto como su hombre salía. Remigio se percataba de las salidas de él, porque desde la cumbre del cerro, en donde estaba haciendo una hachazón en compañía de dos peones para sembrar un matambre, él columbraba el rancho de Apolinaria, esperando que el hombre saliera, para bajar al trote del caballo.

Apolinaria, es decir, Pola, era de allí. Al otro lado del Portillo estaban los ranchos de los Domínguez, tíos, hermanos, hermanas, cuñados, sobrinos y abuelos de Pola Domínguez. Aquí en este mismo rancho, donde vivía ahora, había vivido con su marido, Teófilo González. Este sí era marido legal. Todos los Domínguez y los demás vecinos recordaban las dos semanas de bebedera en el matrimonio de Apolinaria. Pero desafortunadamente Teófilo se murió; le dió mal de empacho tres meses después de casados. Pola tenía entonces dieciséis años y era muy apetecida.

De Teófilo no le quedó más que el rancho y la escopeta para matar venados. Sentía no haber tenido un hijo con Teófilo, un varón. En esta aflicción se recordó de Remigio, que antes del matrimonio con Teófilo y después del matrimonio, siempre andaba rondando el rancho. Pero ella dudaba de él por el puesto que ocupaba. Remigio era el mayordomo de la hacienda, era el patrón cuando el dueño estaba en Santa Clara. Ella, en cambio, y todos los Domínguez, eran nada, peones. Había querido a Teófilo porque aquél era de su clase. Remigio la podía abandonar...

Pero un día apareció con su hombre. Desde entonces no volvió a visitar a los Domínguez. Le podían preguntar en dónde lo había encontrado, y ella no iba a saber qué contestar. Pero a sus oídos llegó lo que decían las lenguas, que se había enmancuernado con un forastero.

El forastero había llegado una noche de invierno a pedir posada. Decía que se había extraviado del camino real y que andaba desorientado. Quería que Pola le diera en

donde dormir para buscar el camino en la mañana. Pola le dió en donde dormir, allí cerca del fogón para que se calentara el cuerpo, porque estaba todo mojado. El hombre no se fué al día siguiente. Lo cierto es que él dispuso quedarse, pero no fue él quien lo determinó, sino las circunstancias. Quién sabe qué arreglo tuvieron en la noche con Pola, la verdad es que no se fué. Una semana después allí estaba en el rancho de Pola. Por fin se encariñó con el lugar. Salió a matar venados con la escopeta del finado Teófilo, pero no mató nada. La mayor parte del día se quedaba sentado en la puerta mirando para el llano.

Pola —le dijo Remigio—, quiero que te vayas a la hacienda a vivir conmigo. Con ese forastero no sales del apuro... ¿A la hacienda?... ¡Hum! y después me das viaje!

Te juro que no, Pola. Te lo juro por estas crucitas...

Yo quisiera, pero...

Te voy a tratar decente. Además, vos no querés a ese forastero...

¿Quererlo? ¡Yo no lo quiero, Dios sabe! Es meru haragán. Cuando por chiripazo mata un venao con la escopeta del finao Teófilo, lo que hace es irse a vender el cuero a Santa Clara y beberse el dinero. Después viene pasao e guaro con una juma que no puede ni andar... ¿Trabajo? Dice que nunca ha trabajado en su vida. Y por eso yo le digo que se vaya, pero no quier'irse...

Te voy a hacer una propuesta y si no aceptás sos una tonta. Yo voy para Santa Clara a ver al patrón. Aquí ando llevando una botella e guaro de la sacadera de ñor Isidro. Cuando venga el forastero se la das para que caiga. Cuando yo pase de regreso en la noche, él va a estar bien borracho y entonces te llevo por delante en el caballo para la hacienda. Después, cuando él se vea solo en el rancho, se va a ir para su tierra...

¿Y si me va a buscar a la hacienda?

Si llega allá, lo guindo en un palo de ocote y lo dejo colgado para que se lo coman los coyotes.

Bueno, lo voy a hacer, déjame la botella.

Remigio le pasa la botella. Después le dió dos apasionados besos en las mejillas, se montó en el caballo y se fué corriendo, diciéndole adiós con la mano.

El gato había aparecido sin saber de dónde había venido, lo mismo que el hombre, los dos se habían aquerenciado en el rancho de Pola, y ni ella sabía de dónde habían venido. Era un gato negro, grandísimo, pero tan flaco que hasta las formas de los huesos se le miraban. Habían días y hasta semanas que desaparecía. Pola no lo quería, le tiraba piedras, pero él volvía a aparecer. Era un gato probablemente de los González, que llegaba allí porque los dueños no le daban de comer. Era tan confianzudo que cuando Pola se iba al ojo de agua a llenar el cántaro, el gato se echaba sobre el mullido cue-

ro de vaca en donde dormía ella con el forastero. Había veces que estando ellos allí, el gato se ponía a roncar en una esquina del cuero.

¡Gato condenao, hijo de puerca!... ¡Andáte pa' tu casa!

Pola le tiraba un pedazo de ladrillo con tanta fuerza que si hubiera pegado en el blanco, la cabeza y las patas del animal se habrían separado como por encanto.

Regresaba ella del ojo de agua cuando se dio cuenta de que ya el hombre había vuelto del pueblo. Ella lo notó por la tos, era una tos gangosa y constante.

¿Qué tal, cómo te jué? (Ni la misma Pola sabía cómo se llamaba, porque si le preguntaba que de dónde era y cómo se llamaba, él quedaba callado). Pola no le quería seguir preguntando: ¿Vendiste los huevos?

El hombre no contestó.

Pola creyó que se había bebido el real de los huevos. Pero no se disgustó, porque ya lo iba a dejar, aquel era el último rial que se bebía...

Querés un bocao de tortilla con sal?

El hombre la miró como diciéndole "sí" con los ojos.

—Sabés —le volvió a decir ella—, ñor Isidro estuvo aquí y me trajo una botella de guaro.

—Dámela. Aquí está tu rial. (Y le puso la moneda en la mano). Tenía ganas de echarme un trago de a rial... Hace tiempo que no bebo, dame un trago, no me aguanto las ganas...

Pola le dió la botella tal como la había recibido de las manos de Remigio. El se empinó la botella.

Maté la culebra. Te acordás de la culebra que me dijistes que habías visto detrás del rancho? La culebra que se quería comer los pollos?

¡Sí, me acuerdo! ¡Sí me acuerdo! —dijo él, empinándose por quinta vez la botella de aguardiente.

Pero no la maté del todo. Sólo le alcancé la cola y otro golpe en la cabeza. Se va a morir. La hubiera matao, pero se metió en el pajonal.

El hombre, con los ojos vidriosos y la mirada indecisa, no ponía atención al incidente de la culebra.

Mientras tanto, Pola se armó de un palo y dos piedras grandes y se encaminó al pajonal. Quería ver la culebra para acabarla de matar. Buscó alrededor del lugar y estuvo tirando piedras a lo más espeso para ver si oía ruido. Por fin se cansó y se volvió al rancho.

El hombre mientras tanto, se había tirado sobre el cuero. Ya casi no tenía fuerzas y empezaba a quedarse dormido. Se había bebido casi la mitad de la botella.

La noche cayó sobre la sabana. Era un lugar triste, desolado, lúgubre. Había días que no se veía un alma pasar por allí.

El cerro se fue ennegreciendo, sólo se podían distinguir los árboles que se recortaban en el azul del cielo. A la derecha del rancho se miraban vacas y un patacho de yeguas comiendo zacate en el llano.

Pola pensó en que pronto pasaría Remigio de regreso. El corazón empezó a golpearle con fuerza.

Fue a ver al hombre y lo encontró dormido, con la boca abierta y la botella metida debajo del cuero. Se acostó con él, apagó la luz del fogón y esperó allí tranquilamente para escuchar el galope del caballo de Remigio. El hombre despedía un fuerte olor a aguardiente.

En la quietud de la noche sólo se distinguía el maullido del gato. Pero de pronto el gato dejó de maullar, había encontrado algo, lo llevaba de un lugar a otro con los dientes. Encontró la puerta del rancho abierta y entró con aquello que llevaba en la boca. Se le escapaba de los dientes y lo atrapaba de nuevo con sus pequeñas garras de felino. Anduvo de un lugar a otro dentro del rancho y por fin llevó aquello que tenía en los dientes al propio lugar en donde el hombre y la mujer dormitaban profundamente. Pola estaba tan dormida que no sintió cuando el gato pasó sobre su brazo rozándole con aquello que llevaba.

El gato se quedó allí rozándola siempre con la cola.

Afuera parecía que el cielo despejaba. En la sabana no se veía más que dos o tres vacas echadas y el patacho de yeguas cerca de la puerta del cerco.

Pola despertó sobresaltada pensando en Remigio. Apoyó la mano y el brazo derecho para poder hacer fuerza y levantar el cuerpo, pero dos agujas muy afiladas le apretaron el puño en la mano. Un grito de susto se levantó de sus labios. Hizo uso de la mano izquierda para tocar aquello que la punzaba en la mano derecha y sintió una cosa

helada y pegajosa, algo que estaba yerto, pues no se movía. Retiró la mano izquierda sollozando de dolor. Dos gritos horribles y dolorosos salieron de su boca con una queja lastimera. El dolor que a cada momento se le volvía más agudo, insoportable, se le iba subiendo por todo el brazo y por el hombro derecho.

—¡Me muero! ¡Me muero! ¡Por Dios me muero!..

Y con la mano izquierda golpeaba duramente el cuerpo de su compañero para que despertara, pero éste parecía un cadáver, inmóvil e insensible, como si hubiera estado completamente muerto.

¡Me muero! ¡Ay, me muero! ¡Despertate, mirá qué me ha punzado la mano! ¡Ay! ¡Ay!..

A lo largo de la carretera, cerca de la "quebrada honda" el caballo de Remigio se acercaba con un trote monótono, pero ligero. La luna había aparecido por fin; las nubes negras como atraídas unas por otras, se habían ido separando hacia el Sur, dejando el cielo límpido y despejado.

Remigio llegó por fin. Se bajó y ató su caballo en la rama de un árbol. Luego temeroso de tener un encuentro con el forastero, sacó su revólver, lo cargó con los cinco tiros y se fué acercando, tomando todas las precauciones posibles, hasta que llegó a la puerta del rancho. Desde allí observó que el hombre estaba inmóvil. Luego dió un salto atrás, entre el hombre y Pola, estaba el gato. El brazo de Pola no parecía un brazo humano, estaba negro, negro como inyectado de tinta. Remigio comprendió al momento que Pola estaba muerta; examinó el brazo y vió allí con espanto la cabeza de una culebra...

Saltó Remigio sobre el caballo que lo esperaba impaciente y se perdió en el camino que conducía a la hacienda, a toda carrera.

Lejos del mundanal ruido

EL CUENTO NICARAGUENSE

ADOLFO CALERO OROZCO

Ya era pleno Junio y ni una sola gota había caído del cielo para aliviar aquella tremenda sequía, tan tremenda que solamente Na Jacinta decía recordar otra semejante, "y no tan pior", qué sé yo cuántos años atrás.

La gente apenas hallaba agua para beber y quienes querían bañarse o lavar ropa tenían que caminar largos trechos hasta las pocitas que todavía quedaban del Escalante, señalando el curso otrora caudaloso del río. El Escalante mismo parecía un enfermo: triste, lleno de diviesos de arena surgidos en pleno lomo, enseñaba los lamosos pedruscos de su lecho como si hubiera enflaquecido hasta la extenuación.

Con el mal invierno pasado y la sequía que le siguió, podía temerse que ese año ni

los chichicastes iban a quedar verdes. Y a este venían a sumarse unos calores implacables que a ciertas horas del día se tornaban verdaderamente infernales; por cierto que la Baltita Maliés había cogido de pretexto los tales calores para andar tan ligerita de ropas que su abuela se pasaba el día reganándola, aunque la muchacha, como que no era con ella. En cambio, la Plácida, su madre, la defendía diciéndole a su llamada suegra que tal vez fuera verdad que la Baltita no podía aguantar el bochorno.

También a los animales los tenía medio locos la sequía. Vacas, caballos, chanchos, perros, andaban enseñando las paletas y se mantenían junto a las casas, como queriendo meterse a buscar agua en ellas; las gallinas,

aunque cacaraqueando sin ton ni son, como no comían, no ponían, y por las noches se oían lastimeros aullidos de manadas de coyotes sedientos salidos de los llanos costños.

Una mañana corrió la noticia de que un "sendo" venado había amanecido caído dentro de la pila de "Santa María", la finca principal de la comarca, propiedad de Don Manuelito; y fue lo peor que el pobre animal no pudo ni siquiera saciar su sed, ya que en el plan de la tal pila lo que había no era, que dijéramos, agua, sino un asiento de lodito mojado y un enjambre de avispas; al infeliz venado aquello le costó la vida, pues tras lanzarlo en medio de una gran "samotana", lo destazaron en un santiamén. Una pierna fué directamente a "La Ceibita", que así se llamaba la finquilla de los Malteses: fineza de Don Manuelito para la hermosa Baltita, y aunque el animal no estaba nada gordo, al fin y al cabo era carne de venado y por eso y por venir de quien venía, el regalo fue muy bien recibido.

La misma famosa sequía había dado ocasión a múltiples bolas que rodaban entre los desocupados comarcanos. La más increíble era que Lolo Loáisiga había encontrado un tigre bebiéndose el agua de una batea, en la propia cocina de su finca, y la más galante, que un sediento "gurrión" se había volado sobre la cara de la Baltita Maltés y le había metido su piquito en la boca, creyendo que era amapola. Desde luego, las muchachas de la vecindad antes creían el cuento del tigre que no el del gorrión, diciendo todas ellas que eran inventos de Leoncio Herrera, otro enamorado de la Baltita, como Don Manuelito y como tantos más; sólo que mientras Leoncio era apenas un mozo bien visto de los mandadores y hasta "medio-bagre", aunque con fama de buena voz, Don Manuelito era el patrón de "Santa María" y a su vez hombre corrido y gallo de muchos "alzos", si bien un tanto "viejonzón".

Y así, entre el enflorar a los santos y ponerles candelas para que lloviera y los vaticinios de viejos que pasaban por entendidos en las cosas de tejas-arriba, los días seguían deslizándose secos y calurosos en la Comarca del Escalante.

Solamente en las noches de luna, cuando soplaba brisa fresca y los coyotes no salían a aullar, las cosas parecían tomar un cariz menos aflictivo; en las horas tempranas, la gente se visitaba, se celebraban novenas y rosarios de rogaciones y los grupos más animosos se aventuraban hasta las playas del Astillero, para bañarse en el mar. Ya noche adentro, los muchachos salían a "serenatear" a sus preferidas, y con la guitarra iban también las botellas "litreras" llenas de buena "cususa".

Bajo la caricia del maravilloso plenilunio tropical, junto a los humildes ranchos pajizos, varoniles voces campesinas entonaban canciones de amor y de querella; madriga-

lescas estrofas ensalzaban la belleza de la ingrata, que entre pobres cobijas, sobre su tapasco, suspiraba muy hondo y era toda oídos y trémolas sonrisas, y alguna vez dejaba el lecho y venía a aplicar la oreja junto a la puerta para escuchar mejor no sólo las canciones, sino también la plática de sus amigos. Por esos ratos, la muchacha campesina no tenía nada que envidiar de nadie; tiernamente agradecida, su orgullo de mujer colmado, alejada de sus trabajos y miserias cotidianos, se sentía de veras muy feliz.

En tales ocasiones Leoncio Herrera se alzaba gallardo y triunfador como las notas de su canto. La música de su guitarra envolvía el rancho de "La Ceibita" en complicidad con la embrujadora luz de la luna; puertas adentro, la Baltita sentía que el corazón se le quería saltar fuera del pecho.

La serenata terminaba con alguna canción de despedida y el grupo de rondadores se alejaba, pero nuestra hermosa amigueta, inquieta ya de sí, perdía con la serenata hasta la última gota de sosiego y ya no podía dormir más; soñando despierta, así cada ojo y boca-arriba, estirada hasta la rigidez, seguía oyendo los ecos de la perversa guitarra confundidos con el silbar de los pocoyos y el graznar de las cocorocas, mientras su agitada fantasía la trasportaba muy lejos, a sonrosados planes donde no había abuela, ni "tata" ni mama; ni escobas, ni hachas, ni piedras de moler: planos luminosos donde le abrían sus brazos, Leoncio teniendo en la diestra su guitarra y Don Manuelito con un regalo en cada mano.

Una mañana, la abuela le dijo a la Plácida: —"Niñá, vos no te fijás en esta muchacha. Yo la veo muy "entotorotada" y si no llueve pronto, vas a ver que te hace la gracia antes de la otra luna". La Plácida le pasó la voz de alerta al marido, y él se mostró más curioso que alarmado: —"¿Y quién "cres" vos que la tiene más "mariada", el Don Manuelito o Leoncio Herrera?"

—"Niño, la cuestión es que ¿a cuál de los dos no se le hace ella un "arfinique"...? Yo, "asegún" con quien la veo, porque cuando está con Leoncio es un ay-de-mí, y al regalón del Don Manuelito se la baila de lo lindo y ella le coge peinetas, ella le coge olor y ella qué no le coge..."

La plática se cortó con la llegada de Baltita, que traía en brazos un manojito de leña de madroño. Pero lo cierto era que no sólo en su casa sino en toda la vecindad se hablaba del asunto y la gente se preguntaba a cuál de los dos galanes prefería de veras la muchacha. Sus mejores amigas la criticaban y la tildaban de loca, diciendo de ella que era de las que gustaban un hombre para cada mano "y qué dicha que sólo dos manos tuviera"... y su querida primita, Engracia Maltés, agregaba que la Baltita estaba esperando que Leoncio tuviera finca grande o que

Don Manuelito aprendiera a cantar y a tocar la guitarra.

—o—

Más sabe el diablo por viejo que por diablo; pero si desde la fundación del Infierno hubiera habido también diablasas, a estas horas ellas sabrían aún más que los señores diablos. Y así bien poco después de los pronósticos de la abuela y antes de la otra luna, la Baltita voló . .

La abuela madrugadora fue la primera en dar la voz de alarma, asombrada no tanto de la profetizada fuga cuanto de no haberse dado cuenta de nada, ella, que alardeaba de tener un dormir más ligero que el del alcaraván.

El Temporal

A Víctor Guillén
fraternalmente

Había comenzado a llover el martes por la madrugada, y el viernes continuaba lloviendo todavía.

El paisaje todo sucumbía ante la fuerza del agua, diluido entre el rebotar brumoso y denso. Hacia lo alto, en el sitio en que deberían deslindarse tierra y cielo, asomaban borrosas las siluetas de los árboles fingiendo islotes espectrales que surgieran del mar de niebla, vertical y espeso, que formaban Unidos cielos y bosque. Una estrepitosa soledad inmensa y aterida lo envolvía todo.

Pedro Vindas, que miraba la lluvia acullado desde el caidizo del rancho, se sentía como desprendido del mundo, aislado en su soledad como si fuese el único habitante de la tierra. Aun la voz de su mujer o el llanto de su hijo pequeño aparecían de pronto como surgiendo penosamente de otro mundo y súbitamente se esfumaban en un como juego de pesadilla. El aguacero, al cortar los hilos de luz que lo ataban a las cosas, al confundir el mundo de los sonidos, lo retenía en sí mismo adhiriéndolo a sus propios pensamientos. Era una intimidad monótona y cansina, un abandono obsesionante y húmedo. El mismo agobio que aplastaba la verdura, caía como una losa sobre su espíritu.

Fijas y bajas las pupilas, Pedro Vindas miraba el correr vertiginoso de los caudales, que lamiendo agresivos el empedrado se lanzaban frenéticos hacia la hondanada. Los dientes del torrente iban royendo la tierra. De cuando en cuando un tronco pasaba flotando, elevando sus muñones en grotescas contorsiones.

Delgadas venillas de agua aparecían de súbito en el terreno aún seco; era terreno conquistado que pronto se anegaba cubierto de

Los chiquillos lloraron; la vieja repetía: "yo lo dije, yo lo dije . . ."; la Plácida, entre jotas y re-jotas y sin acabar de echarse sus trapos encima, se fue a soltarle las nuevas al marido, que dormía en su hamaca de bramante bajo la exhausta ramada "guatera", fuera del rancho.

El hombre recibió la noticia con razonable dosis de filosofía, lo que hizo aplacarse un tanto a la mujer; cuando acabó de despertarse le pregunta: —"¿Y quién es el gallo?". Tal interrogación hizo vacilar a la Plácida, quien la contestó con otra: —"¿Sería con el Don Manuelito?", a su vez el viejo sugirió: —"¿No sería con Leoncio?".

Y la Plácida, encendida de nuevo exclamó: —"Crés vos que fuera tan capaz, la gran bruta".

EL CUENTO COSTARRICENSE

MANUEL DE LA CRUZ GONZALEZ

una espuma sucia y quebradiza, espuma zigzagante como una rúbrica de muerte.

El día estaba declinando; al menos eso pensó Pedro Vindas. En verdad, la luz era casi igual desde la mañana hasta la noche. Todo era igual, la luz, el tiempo, el paisaje, María su mujer, que sentaba tras él en un taburete de cuero crudo, juntos al cuerpo los brazos y las rodillas apretadas en actitud hierática, movía sus apagados ojos sobre el telón de brumas.

Un trueno retumbó lejano y el aguacero avivó su obcecado ritmo.

—Oí, María . . . Más agua . .

—Más agua —contestó débilmente la mujer con un dejo de letanía.

Pedro Vindas no la oyó y volviéndose hacia ella repitió elevando el tono de la voz:

—¿No oís? ¡Más agua!

Pedro Vindas vio a su mujer mover apenas los labios.

—¡Maldito aguacero!

Se puso de pie y se dirigió al interior del rancho, María lo siguió lenta y sumisa. Paseó la mirada por la pieza —todo el rancho no era sino una sola pieza—, buscando. Rayó un fósforo para encender la vela. Falló en su intento: los fósforos habían recogido también la humedad del aire.

—¡Esta carajada no prende! —dijo exasperado.

—Dame asá, quedan pocos y no hay que desperdiciarlos . .

Cuidadosamente María encendió el fósforo y luego la vela. La luz palpitó en la oscuridad con una mueca de alegría ahuyentando la soledad.

Mientras su mujer recalentaba la escuálida comida, Pedro Vindas se tendió de espaldas en el camón, las manos tras la nuca y la mirada fija en el techo resonante. María le alargó el plato. Dentro del rancho el

aguacero duplicaba su estrépito al rebotar en el zinc. Sentado en el camión, Pedro Vindas comía silenciosa, lentamente, en un como desganado rumiar. De pronto apartó el plato y se levantó. Se caló el sombrero de palma, tomó un gangoche de encima del camión, se cubrió con él y se dispuso a salir.

—¿Para dónde vas, Pedro?

—A traerme los bueyes para acá.

—Llueve mucho y está bien oscuro.

—Mañana también lloverá y estará oscuro desde temprano. Es mejor ponerlos a salvo desde ahora. Por lo que parece, esta vaina no va a terminar nunca. El potrero del bajo debe de estar anegado y aquí todavía quedan algunas cañas.

—Tal vez amanezca claro.

—Desde hace días que esperamos lo mismo —repuso Pedro Vindas ciñéndose el machete—. ¿Para qué vamos a esperar más? A lo mejor ya se han ahogado.

Salió decidido. A poco se perdió por entre la cortina de lluvia. María se quedó temblando en la puerta.

Bostezando largamente, una perrilla salió de debajo del moletero. Se sacudió con estrépito, se tambaleó y se dirigió al corredor tras la huella del amo en ridículo trotecillo. Se detuvo en el linde del alero, y se puso a ladrar. El aguacero amainó por un momento su furioso redoblar agrandando de súbito los otros ruidos, ruidos nuevos que emergían vivaces de todos los rincones. María elevó los ojos con un leve temblor de esperanza en las pupilas. Fue un momento nada más. Tras un ronco trueno, la lluvia tomó de nuevo su ritmo habitual. La perrita se quedó muda, gesticulante, opaca.

Todavía estaba María en la puerta del rancho, cuando dos siluetas borrosas comenzaron a esbozarse en dirección a la tranquera. Lenta y difícilmente se fueron acercando, precisando cada vez más sus contornos. Un buey grande y panzudo surgió de entre la lluvia, tras él venía Pedro Vindas. María no se movió.

—¿Idiay? ¿Y el Moro?

Pedro Vindas jadeante, rezumando agua por todos los poros, sacudió el sombrero contra el suelo.

—No estaba. Debe de habérselo llevado la correntada. A este me lo encontré junto a la cerca con el agua más arriba de la panza.

—¡Todo sea por Dios, Pedro!

Aaron el buey junto a la puerta. Tenués hilillos de vapor se elevaban de su hirsuto lomo. Pedro Vindas le picó dos cañas en el pesebre. El animal hundió su azulado hocico en el pasto y comenzó a comer ávidamente.

Ya debía de estar entrada la noche porque estaba muy oscuro. La madre adivinó el llanto del niño entre la lluvia. El ruido del agua ocupó el sitio de los grillos.

Al apagar la vela la oscuridad los dejó

solos, solos como en el nacimiento, solos como en la muerte. Pedro Vindas no intentó dormir: cavilaba.

¡El agua! ¡El agua! ¡Cómo le gustaba el agua cuando niño! ¡Cuántas veces se escapó de la escuela para ir a chapotear al río! Las risas de los compañeros tenían un frágil hervor de espuma y él, desnudo, se complacía en rescatar del fondo claro pequeños objetos: piedrecillas diminutas, bolitas de cristal, herrumbrosos tornillos, que lanzados a lo alto, caían al agua transparente y se sumergían cabeceando en espiralado ritmo hasta descansar en la blanda arena. Le agradaba también esa fauna encantada que puebla las riberas medrando entre las piedras y los musgos: las ranitas de colores, los gallitos iridiscentes, los contrahechos sapillos. Trabajó amistad con una araña panzuda, y todas las mañanas, de paso para la escuela, la visitaba en su tenue vivienda de seda colocando entre el temblor voraz de sus hilillos moscas y hormigas. Pero ¿por qué recordaba esas cosas ahora? Quizás porque el río bramaba allá abajo. Quizás porque el agua arrastraba ahí mismo junto a su puerta, la hinchada piel de monstro embravecido y destructor. Era el mismo río manso de apenas hacía unos cuantos días, pero ahora el mundo todo era diferente, el agua traía ponzoña en cada gota, pudrición, hastío, desesperación.

Hacía tiempo que había ya amanecido, pero el sol no lograba abrirse paso por entre el tupido velo de lluvia. Una turbia oscuridad se extendía azulencamente y nerviosa por todas partes. Hosca tristeza de lejanías y abandono pesaba sobre las cosas. Geometrías fantasmales agitaban en agónicos temblores sus banderas de duelo. El tiempo, petrificado, colgaba sus congojas en la ponzoña del aguacero. La aceitosa humedad manaba pestilente en los élitros ocultos de los insectos y en la costrosa osamenta de los troncos. El mundo todo se estaba pudriendo aterido e impotente.

Pedro Vindas se incorporó, se tiró a la espalda un grueso colete y salió hasta la puerta del rancho. Atado al horcón de la derecha el Barcino rumiaba lentamente mientras sus grandes ojos ponían una nota de ternura en el infierno de agua. Después de picarle las últimas cañas, Pedro Vindas se sentó junto a él en la canoa.

¡Agua! ¡Siempre agua! ¡Agua por todas partes, por las rendijas, por los rincones! ¡Agua! ¡Siempre agua! ¿Qué hacer? Por mí no importa, pero, ¿la mujer... y el güila?...

La perrilla se le acercó restregándole el lomo contra las piernas. Pedro Vindas bajó instintivamente la mano para acariciarla. Un momento se quedó ensimismado con los ojos perdidos entre la lluvia. Algo se desgajó arriba entre las peñas abrumado con su carga. Debió de ser un árbol enloquecido en trance de fuga. Pedro Vindas se levantó con

la cabeza vuelta hacia el lejano estrépito, se ajustó el cobertor de toscas fibras y buscó entre la corriente el vestigio del trillo. Lentamente, pensando dos veces dónde ponía el pie desnudo, se fue perdiendo por entre la lluvia. Cuando María salió, apenas si alcanzó a ver sus anchas espaldas, ya lejanas. Sin saber por qué, un pájaro, una hoja, un residuo cualquiera anunció, al pasar veloz junto al alero, la congoja de otro ser. A tientas, Pedro Vindas llegó hasta la tranquera. Las heladas manos se asieron fuertemente a los travesaños superiores, que era lo único que sobresalía del torrente. El agua le daba más arriba de la cintura. Pensó que hasta allí podrían llegar, ¿y después? Abajo estaba el río, cuyo puente debía de haber desaparecido ya. Hacia arriba, comenzaba la montaña con sus hondonadas traidoras, sus pasos infranqueables, sus peñascales hirsutos. Y además, la fuerza de la correntada que alcanzaba en la pendiente magnitud de catarata potente y enmarañada. ¡No era posible escapar! ¡Eran prisioneros de un destino implacable! ¡Tendrían que esperar hasta que Dios quisiera apiadarse de ellos! Los aullidos endiablados del río llegaban hasta él helándole la sangre. Alcanzó la callecilla con el agua al pecho y aferrándose a cuanto podía para no ser arrastrado. No se atrevió a avanzar más. No podía. Con la esperanza hundida hasta el fondo de la desesperación, se detuvo tambaleando entre la espuma. Desde el sitio en que se encontraba podían divisarse en los días de verano los tejados del pueblo brillando al sol. Se limpió con el dorso de la mano el agua que colgando de los párpados le anegaba los ojos, en busca del paisaje familiar. Inútil. También el pueblo debía de haber desaparecido. En su sitio, se extendía una oscuridad impenetrable. Se devolvió. Marchaba lentamente, dificultosamente. Pensó en María. No le diría nada. María tenía siempre la esperanza de que el agua cesara de un momento a otro, no se lo había dicho, pero él lo adivinaba en sus ojos, brillándole como una tenue lucecita.

¡Hacia diez días que no cesaba de llover! ¡Un par de días más y el agua se llevaría el rancho! ¡Y luego, el hambre! ¡El hambre! ¡Qué iban a comer! ¡Hay que comer todos los días! ¡El hambre crecería como el agua y como ella los mataría!

Sin saber cómo, llegó hasta el rancho. Una soledad inmensa, una lacerante congoja se le apretujaba al cuerpo aterido.

—¿Dónde andabas, Pedro?

—Viendo el bajo...

—¿para qué?

—Quería ver cómo está el río de crecido.

—¿Hay puente?...

Pedro Vindas no contestó. Sin insistir más, María agregó:

—Allí tenés comida

—No tengo hambre.

—Queda muy poca...

—Guardála para vos y el chacalín.

Cabizbajo, se dirigió al interior. La perilla entró tras él.

Cada mañana, el agua había cerrado más el cerco. El muro de brumas era cada vez más infranqueable. El agua desatada es un enemigo con el cual no se puede pelear. Es como una hidra gigantesca, tiene cientos de cabezas, cientos de fauces, de lenguas. Es invencible, inmortal. Surge de pronto, brota, mana, corre, se agranda, se expande, se hincha, se adelgaza. Aparece de pronto por todas partes a la vez, a mansalva, se cuele, se pulveriza en el aire, se enrosca en las gargantas. Aplasta la maleza, derriba los robles, pulveriza las rocas, taladra las montañas, pudre los huesos, contagia de lepras la pureza. ¡Qué podía hacer él, Pedro Vindas, contra el agua!

Pedro Vindas se miró tristemente las manos llenas de sangre. Había sido difícil, pero tuvo que hacerlo. Lo hubiera querido evitar de todas maneras, pero, ¡no fue posible!

El Barcino era un buey valiente, bueno para el trabajo. Amigo fiel de muchas jornadas, consuelo de muchas tristezas, compañero de muchas alegrías.

—Cuando lo merqué en Alajuela, era todavía un novillito. Conmigo se fue haciendo mayor. Junto con El Moro no había yunta que jalara más parejo en todo el barrio. Y es que no le zafaba el lomo al trabajo. Cuando subíamos del río con la carga de arena que hasta la carreta parecía que se desparramaba, venía brioso y contento y sin chucarlo jamás. ¡Pobre Barcino! Si hubiera sido por mí. Pero.

No lo había pensado dos veces. Bajo el alero del caidizo, atado al horcón, el Barcino estaba echado rumiándose las entrañas. Estaba flaco y anguloso, también a él el agua lo estaba matando. Entre que lo devorara la humedad o les diera el alimento que ya casi no tenían, Pedro Vindas prefirió lo segundo. ¡Después de todo, era el último servicio de sus carnes, la última faena, la última salida sin retorno! ¡Después de aquello, iría a pastar para siempre en las praderas del Jordán!

Pedro Vindas se acercó con el machete desnudo en la diestra. El buey se levantó dirigiéndose instintivamente al pesebre. Pedro Vindas cerró los ojos y con un tremendo esfuerzo, le hundió la afilada hoja en el pescuezo. El bruto mugió dolorido y se estremeció tambaleante. Cayendo de rodillas y levantándose se debatía desesperadamente. La techumbre crujía a cada tirón. La sangre corrió a borbotones rivalizando en ímpetu con los torrentes. Pedro Vindas comprendió que el buey estaba torpemente herido. Una aguda desesperación le taladró el alma. Pedro Vindas no quería mirar. Pedro Vindas se sintió como un criminal. Enfebrecido, atacado de súbito por un acongojante sadismo, enloquecido, comenzó a descargar el arma

sin orden ni concierto. Una, dos, mil veces. Se detenía jadeante entre la sangre y los bramidos y volvía a comenzar acicateado por la angustiosa necesidad de acabar pronto. De un machetazo le partió la columna vertebral. El Barcino dio un salto y cayó al suelo en arco grotesco con la cabeza hacia atrás y la grupa en alto. El acero rechinaba al dar contra la osamenta. Pedro Vindas se detuvo extenuado. El Barcino aún estaba vivo. Todo su cuerpo se agitaba en estertóreo temblor. La sangre lo manchaba todo. La perrilla bebía con fruición en estrepitosos sorbos aquella mezcla de sangre, agua y barro. El Barcino era una informe masa desgarrada y ridícula, pero estaba vivo todavía. Resoplaba con angustia y tenía los ojos vivos, desesperados, inmensamente tristes. Pedro Vindas volvió la cabeza, soltó el machete y corrió a esconderse en el interior del rancho. María se agitaba nerviosamente en un rincón, apretando a su hijo contra el pecho.

Entre el ruido del agua, llegaban hasta ellos los mugidos débiles y lastimeros del Barcino en su dolorosa agonía. Pedro Vindas se tapó los oídos. ¡Cuánto duraría aquello! ¡El tiempo ya no existía, todo era eterno, el agua, la agonía, el terror... el hambre! Por el anochecer, ya no se le oyó más. Pedro Vindas se acercó, recogió el ensangrentado machete y comenzó a desgarrar trozos de carne. María, temblorosa, iba extendiendo las manos tras él, y sin mirar lavaba los trozos de carne en la lluvia y los iba arrojando a la canoa. Cuando la fatiga los rindió, Pedro Vindas, lleno de sangre, se puso de pie. ¡Estaba llorando!

—¡Maldita lluvia!

Una fría humedad le interrumpió el sueño. Pedro Vindas despertó sin comprender. De pronto, se crispó. ¡Era agua! ¡Agua! ¡El agua que había subido hasta el camión! Se incorporó rápidamente. La oscuridad era total. Sus ojos desorbitados luchaban con las sombras. Tendió la mano en dirección al suelo. ¡Sí, el agua había invadido el rancho! Gritó:

—¡María! ¡María! ¡El agua! ¡Cogé al muchacho!

—¡No sé, no sé! ¡Paráte!

Las voces se perseguían en la oscuridad como buscando asidero.

—¡Nada podemos hacer ahora! Espere-mos hasta que amanezca...

Los puñales de la lluvia se clavaban inclementes, verticales, en la reblandecida tierra. El agua iba subiendo cada vez más. Se colaba como una increíble víbora por todas las rendijas e implacablemente iba enroscando entre sus líquidos anillos cuanto se interponía a su paso. Como insuflada por un satánico aliento, subía, subía, subía, hinchaba sus mortíferas escamas en histéricos remolinos pestilentes, burbujeaba vertiginosa entre cercos de espuma. La única solución era subir al techo y esperar... ¿Esperar? ¡Qué!...

Pedro Vindas sabía bien que ellos eran los únicos habitantes de la tierra. Desde hacía quince días la soledad se lo venía repitiendo. De pie, los cuerpos tensos y suspendido el aliento, apuñados en las tinieblas que los rodeaban, esperaron la luz.

Pasaron ¡siglos de agua! ¡Eternidades de agua! ¡Océanos de lluvia! Una temerosa claridad lechosa se coló de pronto en el rancho. ¡Por fin!

—¡Esperáte aquí! Voy a espiar afuera para ver si tenemos salida...

—Tengo miedo, Pedro...

—¡No seas pendeja, María!... ¡No te movás!

Bajó del camión y a tientas llegó hasta la puerta. Abrió difícilmente. Ante sus empavorecidos ojos apareció un paisaje nuevo, distinto, extraño. Era como si hubiesen trasladado el rancho a otro sitio. Nada le era familiar. El agua, hasta donde los ojos alcanzaban penetrarla, lo había transformado todo. Todos los puntos de referencia habían sido arrancados de cuajo o anegados entre el lodo y los despojos. Una nueva geografía se presentaba ante sus atónitos ojos. Solo la cabeza del Barcino emergía fatídica colgada del horcón. Pedro Vindas comprendió que no tenían salvación. Subidos a la techumbre podrían subsistir algún tiempo todavía, pero... ¿y después? Después tal vez vendría alguien, tal vez dejase de llover, tal vez...

Entró resuelto. Subió por el fogón, donde aún ardía el rescoldo, y como pudo, partiéndose las manos y forcejeando con la cabeza, logró abrir un boquete en el techo. La lluvia se coló impetuosa. Cerró de nuevo y resolvió esperar aún dentro del rancho. Aún tenían carne y el fogón ardía todavía. Todavía estaban vivos.

—Esperemos, ¡qué!

—... ¡A que Dios nos ayude!

Por la noche el temporal duplicó su furia. Las cabezas de agua bajaban retumbando de los montes en horrisono desbordamiento, asolando, arrasando, anegando. El agua subía, subía, subía implacable. De pie sobre el camión, Pedro Vindas esperó la última batalla. Ahora el agua les daba a medio muslo, muy pronto llenaría todo el rancho. El bahareque no era fuerte, no resistiría la presión del agua en las paredes. No se podía esperar más. Subieron por el hueco del techo. Pálidos, agotados, febriles, recibieron en la carne el duro impacto de la lluvia. Era como la húmeda reverencia de la muerte, la evidencia de su impotencia. María estrujaba contra el pecho el frágil cuerpecillo de su hijo cubierto por ganchos asperos.

—Si llegamos a la mañana... Puede ser que esta sea la cola... el último remalazo del temporal...

Por el Norte, se produjo algo que parecía una alucinante claridad, un blancor púdico y medroso. Pedro Vindas se quedó mudo mirando con los ojos fuera de las órbitas

y la duda en el alma. Apartó los ojos un momento del increíble espejismo y luego los abrió de golpe. ¡Sí! ¡No era una alucinación! ¡No era un sueño de esperanza! ¡Allá lejos, muy lejos, cerca del mundo vivo, brillaba una pálida luz! ¡Una promesa, un vestigio de vida, un vago islote de paz! Con la voz temblorosa y ronca, elevando el tono ahogado en enroscado llanto para vencer el estrépito del aguacero y el hervor de los torrentes, gritó:

—¡María, está despejando! ¡Mirá! ¡Mirá! ¡Allá!... —y señalaba hacia el Norte.

María no levantó siquiera la cabeza; estaba agobiada por el pavor, el insomnio, la

debilidad, atosigada por el abandono. Pedro Vindas no se daba cuenta del estado cataleptico de aquella pobre mujer y seguía fijo en aquel punto del horizonte lejano, aferrado a él en angustiosa desesperación. María, sin poder sistir más, se había dormido con los ojos abiertos, con el cuerpo erecto, con la tensión circulando por sus venas en vez de sus espaldas. El aguacero comenzó a decrecer. ¡Amanecía! ¡Amanecía de verdad! ¡Era como el primer amanecer del mundo cuando el espíritu de Dios flotaba aún sobre las aguas! ¡Amanecía en una tierra gélida, yerma y solitaria, pero amanecía, amanecía de verdad!

Sequía

Cielo seco. Sol de rayos afilados. Aire caliente. Y, a lo lejos, la permanencia aguda del zigzag de los cerros.

—¿Na, de agua?

—Naitica... Ni esperanza...

El cielo estira su perozosa blancura "de canto a canto". Los reflejos del sol amarillentan el aire y sus lengüetazos ardientes queman la paja seca que reposa sobre los ranchos agachados y acuchillan las hojas de los sembrados.

—¡Ya van tres semanas... Y ná!...

—Haberá que hacer otra rogativa, pues...

—Haberá que hacerla... Puede ser que sirva pa' algo... Aunque ya yo'toi creyendo que Dios como que se ha olvida'o de que nosotros'tamos viviendo por estas tierras, pues...

Tres semanas... Tres largas semanas... "El Veranito de San Juan, vino, como todos los años, pero parece que le gustó el campo y se quedó tamaño rato. Y ahora, nada que quiere irse..."

Los arrozales tiemblan de emoción; ya están crecidos y los conmueve el presentimiento de su madurez. En algunas "rozás", ya los menudos granos comienzan a cuajar. Por eso ahora, más que nunca, necesitan agua, mucha agua. Pero sólo pueden beber sol. Sólo pueden lamer el filo caliente de los largos rayos solares. Y se les van estirando las hojas desesperadamente, con pretensión absurda de llegar a las fuentes escondidas en el subsuelo.

El cielo permanece inmóvil, perennizándose su curva panza blanca y dura. Abajo se alargan las secas rajaduras del suelo chocolate.

—Ya vemos hecho dos rogativas... Y ná...

—El señor Cura ha dicho que hay que tener paciencia...

Paciencia. Paciencia y fe, ha predicado, Domingo tras Domingo, el señor Cura. Pero el señor Cura está muy lejos y no ha podido venir a ver cómo los cauces de las quebradas van acercando a la superficie del agua, cada

vez más, sus fondos de piedra gris. No puede darse cuenta de que los pozos se van secando con pasmosa rapidez. Por eso él sigue aconsejando paciencia, paciencia y fe.

—Ya vamos pa' al mes Tuito se 'ta secando...

—Ujú... Y lo peor es que esto ya no revive... Habrá que hacer una resiembra...

Las "rozás" son, ahora, sucios y amarillentos mares sin oleajes. Las hojas, lamidas constantemente por el sol ardoroso, se doblan, abrumadas de fatiga.

Los troncos de los yucos se van quedando desnudos; levantan la inutilidad de brazos descarnados que son sus ramas, como pidiendo socorro. De los ñames tan sólo van quedando largos bejucos secos que arrastran por la tierra cuarteada sus terribles imploraciones. Los maizales se convierten en matojos secos; tristes seres sin brazos y sin caballos!

—Mes y medio... Y ná!...

—La quebrá 'ta casi seca... Dos o tres días más y se nos van a quedar sin una mija de agua los gan'os... La morriña los va a acabar a tuitos...

El aire pesa toneladas de fatiga sobre el lomo del pueblo cansado. Los ranchos agachan más y más sus silencios grises. El viento ciñe un cansancio de plomo en torno a los hombres, en torno a los animales y en torno a los desesperanzados despojos de los plantíos.

Las "rozás" son enormes cementerios de esperanzas. Los animales acuchillan las noches y los días con sus lamentos dolorosos. Los hombres respiran a bocanadas el ancho agotamiento del aire quieto y beben grandes sorbos de desesperación en cada minuto.

Por los potreros, "la muerte seca" va cuajando víctimas. Las vacas tienden los cuerpos huesudos sobre la tierra pelada, casi polvorosa, mughen dolorosamente su profunda impotencia y se van quedando quietas.

EL CUENTO PANAMEÑO

MARIO AUGUSTO RODRIGUEZ

Silenciosamente, doblan el cuello sobre la tierra seca, inmóvil de angustias, y sus mugidos de agonía son cada día más débiles y menos numerosos.

Los pocos pozos no dan agua suficiente para tanta sed. Apenas alcanza, estirándola, para los hombres. A la orilla de los huecos abiertos en la tierra hay constantemente una larga fila de mujeres pacientes. Mujeres de rostros angulosos. Rostros de labios apretados en furioso silencio, rostros de pupilas ausentes, lejanas, perdidas en la raíz invisible de una esperanza. Calladas, las campesinas aguardan turno para llenar las tinajas.

El pozo —viejo, avaro, cruel— hunde allá en el fondo lejano el turbio espejo de sus aguas escasas. Lentamente, con una lentitud que fatiga y desespera, se van llenando los cántaros.

* * *

—Na' de agua . . . Ni una nube . . .

Bernardo y Carmela reposan su fatiga recostados a uno de los horcones del portal. Levantan las miradas de sus ojos, anchos de esperanza, y recorren con ellas el cielo alto: un cielo limpio, imperturbable . . . Cielo de una brillante claridad que ciega los ojos. Cielo duro.

—Ni una nube, Carmela.

Habrà que matarlas.

Las cuatro vacas se habían encontrado frente a la completa imposibilidad de conseguir hierba y agua y se han venido acercando, lentamente, hasta el rancho.

Por debajo del cielo sin nubes, los negros gallinazos trazan las elegantes curvas de sus vuelos fúnebres. Las reses sintieron que el pavoroso peligro de "la muerte seca" las venía acosando. Como una jauría, la muerte casi hunde ya los colmillos afilados en los flancos huesudos. Ese peligro, que los cuatro animales adivinan despiadadamente cercano, las ha venido empujando hacia la casa de sus amos. Allí se quedan, echadas junto a la tranquera del corral y lanzan al aire, de rato en rato, sus largos mugidos dolorosos.

—Sí, Carmela . . . Haberá que matarlas. . . Pero ellas se han venido hasta acá, onde uno, huyéndole al hambre, huyéndole a la sed, huyéndole a la muerte. ¿Y, entonces, nosotros vamos a tener que matarlas?

—Si viniera una poquita de agua. . . Una lloviznita. . . Na' más que pa' que se les moje el cuero.

Pero la mujer es sorda a la ilusión imposible.

—Ni esperanza, hombre . . . —le dice moviendo la cabeza—. Mirá . . . Mirá pa' al cielo. ¿No lo ves tuito estirao y limpiacito 'e nubes? . . .

—Ujú. Ni esperanza. . . Haberá que matarlas, pues . . . Asina será menos pior, porque no fendrán que estar sufriendo más. . . ¡Tan amorrinás las pobres! . . .

Entra al rancho a buscar el cuchillo, pe-

ro entra lentamente, como quien no quiere hacerlo. La verdad es que no quisiera encontrarlo, que no quisiera saber en dónde está.

—¿Qué te pasa, pues? . . . ¿Ya encontraste el cuchillo, Bernardo? . . . —le grita desde afuera la mujer impaciente.

—No lo hallo, Carmela. . . No lo hallo todavía. . . —murmura apresuradamente, sintiéndose asustado como un chiquillo sorprendido en falta—. No 'ta por ningún lado. . .

—Pero si ahí 'ta, hombre. . .

Ahí está: delante de sus ojos, turbios de indecisión. La mujer tiene que cogerlo y ponérselo en las manos, duras de torpeza.

Son "sus" vacas. "Sus" cuatro vacas. Las mismas que compró con ganancias, celosamente economizadas, que había obtenido después de más de diez años de trabajo. Años de trabajo bajo el agua persistente y bajo el sol implacable. Soles terribles, como este de ahora. El sudor le empapaba las ropas, pero él pensaba en "los ocho realitos" que se estaba ganando y seguía moviendo el machete. ¡Corta! . . . ¡Corta! . . . Y por la noche los realitos caían, uno a uno, en el "coco" guardado arriba del jorón.

Son "sus" cuatro vacas. Las cuatro vacas que estaban destinadas a ser la herencia de los dos hijos. Las cuatro vaquitas que fue comprando, una a una. Cuando las veía, pensaba en ellos: en los dos hijos. . .

—¡Ahí va! . . .

Ha cerrado fuertemente los ojos. El cuchillo entra, hasta la cacha, en la suave carnosidad de la garganta. Un mugido sordo sale por la boca ancha de la vaca y un estertor espumoso se envuelve en la sangre que brota de la herida y se le mete al hombre por los ojos, por la nariz, por los oídos: ¡por todos los poros de la piel penetra la espuma roja del estertor! . . . Y un lengüetazo de sangre caliente le lame y le tiñe de aliento rojizo el brazo y el pecho. . .

Tres mugidos, livianitos como quejas, se levantan en el silencio y se extienden en el aire seco, enrojeciéndolo.

Ahí están. . . Ya están muertas.

—¡Carmelaaaa! . . . ¡Las maté! . . .

—¡Mardita sea! . . .

Levanta en el brazo rojo el rojo cuchillo y la insensata imprecación.

—¡Mardita sea! . . .

Y nuevamente la blasfemia hiere el azul del cielo.

De pronto, como si el cielo se sintiese ofendido, un trueno retumba tras de los cerros grises. . . Otro trueno. . . Y otro. . .

El cielo se llena de truenos horribles.

Las nubes aparecen a lo lejos. Luego, se acercan rápidamente, en furiosa carrera. Son negras, como fantasmas. Espesas. . . Sombrias. . .

Y sobre el rojo brazo del hombre, que alza hacia el cielo el cuchillo, se desata el aguacero, como la respuesta de Dios. . .